

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMÁTICA.

---

# INGENIOSA CARIDAD.

---

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL DIAZ DE ARCAYA.

---

MADRID.  
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUERDA.  
1886.



INGENIOSA CARIDAD.



# INGENIOSA CARIDAD.

---

## EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL DIAZ DE ARCAÑA.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Principal de Zaragoza,  
en la noche del 23 de Noviembre de 1886.

JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

---

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

---

Procedencia

T, BORRÁS

---

N.º de la procedencia

1632

---

VALLADOLID.

Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de los Hijos de Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

---

1886.

## PERSONAJES.

---

BARONESA. . . . . MADRE DE  
ENRIQUE. . . . . VOLUNTARIO DE MINA.  
MATEO CONDE DE. . . . .  
FERNANDO. . . . . DUEÑO DE LA CASA.  
TOMAS.. . . . AMIGO DE FERNANDO.  
ANDRÉS. . . . . ID.  
PEDRO.. . . . CRIADO.  
OTROS CRIADOS ARMADOS. .

La escena en una casa de campo de los alrededores de Vitoria en 21 de Junio de 1813.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

---

# ACTO ÚNICO.

---

Sala con puerta en el fondo y dos laterales. En primer término á la izquierda ventana y á la derecha otra puerta.

## ESCENA PRIMERA.

PEDRO.—FERNANDO.

FERNANDO.        ¡Pedro, Pedro! Es necesario (Llamando en la puerta del fondo.)  
en circunstancias como estas,  
tener mucha precaucion  
y valor á toda prueba.

PEDRO.            ¿Llamabais, Señor? (Saliendo del fondo.)

FERNANDO.        Si Pedro:  
ven un poquito mas cerca: (Se acerca Pedro.)  
fijate bien; y no olvides  
ni una de mis advertencias.  
No te olvides que esta casa,  
por estar en la afueras  
de Vitoria, favorece  
nuestros planes, pero es fuerza  
tener el ojo avizor, (Señalando al ojo con el indice.)  
porque esto mismo no sea  
fatal; pues que los franceses  
todo lo corren y observan.

PEDRO.            Estad tranquilo, Señor:

- mas decidme ¿y si sospechan  
los gabachos lo que hacemos?  
entonces..... ¡pun! (Hace que dispara un fusil.)
- FERNANDO. Nada temas.  
Tomás y Andrés son muy duchos  
y conocen bien las tretas  
del enemigo.
- PEDRO. ¡Ay Señor!
- FERNANDO. ¿Temes?
- PEDRO. No; mas me amedrenta  
el contemplar nuestro fin, (Hace ademán de cortarse  
el cuello.)  
si esas gentes olfatean  
que aquí nos entretenemos  
en salvar á los que llegan  
prisioneros al depósito.
- FERNANDO. ¡Cobarde! ¿y si en tales cuerdas  
fueses con los desgraciados,  
que sujetos con cadenas  
lentos de harapos, hambrientos  
pasan á lejanas tierras  
por medio de sus hermanos.....
- PEDRO. Basta, Señor, me avergüenza  
solo el haberlo pensado:  
perdonadme mi flaqueza.  
Aquí estoy á todo.
- FERNANDO. Bien:  
así me gusta; las puertas  
has de abrirlas solo tu:  
¿lo entiendes? Que nadie sepa  
ni quien viene, ni quien sale:  
tus hermanos, que en las cuevas  
que rodean á la casa  
se oculten con gran cautela,  
y cargados los fusiles  
estén, por si acaso, alerta.  
Vete pues, y vigilancia:  
ya sabes el santo y seña. (Vase Pedro por la derecha.)  
¡Vive Cristo! hoy no es buen dia  
sino salvo á una docena.

## ESCENA II.

FERNANDO.

FERNANDO.      ¡Pobre pátria! Ya cinco años  
que las vencedoras masas  
con ardides ocuparon  
tus llanos, riscos y playas.  
¡Cinco años ha que peleas  
por tu independencia santa,  
hace cinco años que vences  
y eres vencedora esclava!  
Á tí, que altiva has tenido  
para Roma una Numancia,  
para Cartago un Sagunto,  
y frente á frente á la espada  
del grande Napoleon  
un Zaragoza, aun te arrancan  
tus hijos, á quien el plomo  
robó del brazo la lanza;  
y que á montones, desnudos,  
cual si fuesen brutas jaurias  
cruzan por el pátrio suelo  
pregonando su desgracia,  
y entre yerro y bayonetas  
son conducidos á Francia.  
Pero descuida, tirano, (Yendo á la ventana.)  
descuida; que de tu fama  
el sol toca ya á su ocaso.  
Lord Wellington está en Álava:  
el audaz Mina te acecha  
en la frontera Navarra.  
¡Ay de tí! si un solo instante  
perdieras: quizá mañana  
tu grandeza halle su tumba  
entre estas pobres montañas.

### ESCENA III.

FERNANDO.—BARONESA.

- FERNANDO. Quizá esta plácida aurora....
- BARONESA. Buenos dias tenga usté (Saliendo por la izquierda.)
- FERNANDO. Muy buenos: pero ¿por qué madrugais tanto, señora?
- BARONESA. ¿Madrugar? no, D. Fernando, para el alma que padece, la noche, aunque acorte crece, porque se duerme soñando; y el camino del azar es tan largo de seguir, que el llegarlo á concluir es volverlo á comenzar.
- FERNANDO. Confiad; no mas taladre vuestra alma ese afan prolijo.
- BARONESA. Cuando se trata de un hijo, ¿que quereis que haga una madre?
- FERNANDO. No temais; que si la suerte adversa le hubiera sido.....
- BARONESA. ¡Virgen!
- FERNANDO. Lo hubierais sabido, nunca se oculta la muerte.
- BARONESA. Siete meses hace ya sin noticias de él siquiera.
- FERNANDO. Si hace seis sois prisionera ¿cómo saber donde está? Olvidais ¡voto á Luzbel!
- BARONESA. Es verdad; teneis razon; hasta olvido mi prision de tanto pensar en él.
- FERNANDO. No recordeis lo pasado, que ya teneis libertad.
- BARONESA. Gracias á la caridad vuestra, que me ha libertado. ¿Y habeis salvado ya muchos?
- FERNANDO. Con vos van setenta y seis.
- BARONESA. Por Dios no os descuideis.
- FERNANDO. Tomás y Andrés son muy duchos.

Por lo demás la jugada  
es tan fácil como fija,  
es cuestion de una vasija,  
y la partida ganada.  
Ya conoceis la prision,  
y ya sabeis que á la puerta  
hay guardándola y alerta  
soldados de Napoleon.  
Como consienten llevar  
á los presos de comer,  
algunos suelen meter  
dos vasijas al entrar;  
y luego al salir, sin mas,  
sin dificultad ninguna:  
el que entró saca la una  
y el preso la otra detrás.  
Caen los guardas carceleros  
en la red incautamente,  
porque acude mucha gente  
á ver á los prisioneros,  
y habeis palpado por vos,  
que, sin que nada se tema,  
se resuelve así el problema  
de entrar uno y salir dos.

BARONESA. Os confieso que es mañosa  
y bien urdida la trama.

FERNANDO. Siempre tuvo mucha fama  
la caridad de ingeniosa.  
Fuera ya el preso aquí viene,  
y este hogar da lo que veis:  
que no dé mas no estrañeis  
señora, porque no tiene.

BARONESA. Jamás daré yo al olvido  
lo que habeis hecho por mí.

FERNANDO. Cuanto mas esteis aquí  
estaré mas complacido.  
Permitidme ahora salir  
que ya nace la alborada,  
y hay que vigilar la entrada  
por lo que pueda ocurrir.

(Vanse Fernando por la puerta del fondo y la Baronesa por la  
izquierda.)

## ESCENA IV.

PEDRO. (Sale por la derecha.)

PEDRO. Ya están cumplidas las órdenes: todo está á pedir de boca menos yo, que francamente no sirvo para estas cosas. ¿Quién le mete á mi Señor á lo que nada le importa? ¡Ay Señor, Señor, Señor! ¡vais á armar una camorra!.... Si lo huelen los franceses ¡uff! vá á haber aquí la gorda. Dicen *por la caridad entra la peste*, y no es floja la que aquí se vá á colar. Este hombre no reflexiona; les roba los prisioneros, los trae á su casa y ¡corra! él se queda tan tranquilo como si nada: ¡Ay Bartola! vas á quedar sin Pedrito entre tanta trapisonda. Mas voy; que si viene el amo, que anda de una parte á otra, y me vé sin hacer nada de seguro se alborota. (Se dirige á la puerta del fondo.)

## ESCENA V.

PEDRO.—FERNANDO.—TOMÁS.—ANDRÉS.  
ENRIQUE.

FERNANDO. ¡Pedro! (Desde dentro.)

PEDRO. ¡Señor!

FERNANDO. ¿Donde estás? (Saliendo por el fondo.)  
anda listo; abre la puerta;  
que vienen Tomás y Andrés

con otro infeliz. Comienza  
(Vase Pedro por el fondo.)  
bien el dia; es necesario  
no haya un momento de tregua.  
Hoy sesenta mil franceses  
ocupan toda esta vega;  
nuestros soldados coronan  
las próximas cordilleras:  
si hay un choque ¡Dios les salve!  
¡pobres de los que aun quedan  
en el depósito!

TOMÁS.

Entrad.

(A Enrique entrando con este y Andrés por el fondo.)

FERNANDO.

Pasad, si no os molesta: (A Enrique.)  
vosotros volved aprisa, (A Tomás y Andrés.)  
que un momento no se pierda.

(Vanse por el fondo Tomás y Andrés.)

ENRIQUE.

Gracias. señor, ¿sereis vos  
el que ha roto las cadenas  
de mi prision?

FERNANDO.

Somos muchos  
y como Dios siempre vela.....

ENRIQUE.

Él bendiga vuestra casa,  
y la Virgen de mi tierra  
os asista.

FERNANDO.

Como á vos.  
¿sois de muy lejos?

ENRIQUE.

De cerca:  
aragonés.

FERNANDO.

Esa mano

ENRIQUE.

¿Tambien es la pátria vuestra  
Aragon?

FERNANDO.

No tal: soy vasco,  
pero admiro la grandeza  
de ese pueblo, que nacido  
allá en San Juan de la Peña,  
llenó la historia de España,  
teniendo el Pilar por lema,  
por cuna la libertad,  
la muerte por recompensa.

ENRIQUE.

Gracias, gracias, noble vasco:  
tambien al pié de estas sierras

habeis reñido mil veces  
ensangrentadas peleas  
por la pátria y libertad:  
tambien dentro de estas crestas  
hay valientes, que arrollando  
las legiones extranjeras,  
de sus hermanos cautivos  
saben romper las cadenas.

FERNANDO.

Zaragoza es invencible.

ENRIQUE.

Vitoria cortó las riendas  
del coche, en que el rey Fernando,  
siervo de infames promesas,  
iba prisionero á Francia.

FERNANDO.

Decis bien: mas tal proeza  
nació al calor de los hechos  
de Aragon, donde se ceban  
inhumanos los franceses,  
y al querer domarlo, encuentran  
cadáveres por murallas  
navajas por bayonetas.

ENRIQUE.

Cumple Aragon como bueno.

FERNANDO.

Cumple con su historia añeja:  
dando, en glorioso tributo,  
mártires para la iglesia,  
Lanuzas para sus fueros,  
héroes á su independenciam.

ENRIQUE.

¡Vive Dios, que me complace  
oiros!

FERNANDO.

Seria mengua  
no admirar tanto heroismo:  
mas demos á esto una tregua,  
y decidme: ¿habeis tenido  
muchos choques?

ENRIQUE.

Por mi cuenta  
tantos choques cuantos dias  
las huestes que nos asedian,  
permiten darles alcance.  
Mina, incansable en la guerra,  
mientras hay un enemigo,  
ni descansa ni sosiega.

FERNANDO.

¿Os sentireis fatigado?

ENRIQUE.

Hoy mi libertad aleja

los pesares de mi alma.

FERNANDO. ¡Sufristeis tan ruda prueba!....

ENRIQUE. Sois mi salvador.

FERNANDO. Amigo.

ENRIQUE. Y yo el vuestro muy de veras.

FERNANDO. ¿Sois prisionero hace mucho?

ENRIQUE. Lo soy desde la pelea,  
que tuvimos en Navarra  
seis messs ha.

FERNANDO. Larga fecha  
de prision.

ENRIQUE. Decis verdad:  
larga para quien anhela  
al lado de sus hermanos  
correr la suerte, que quepa (*Aparece la Baronesa*  
por la izquierda.)  
á los suyos; y mas larga  
para las madres que rezan  
por sus hijos. ¡Madre mia!

BARONESA. ¡Hijo! (*Abalanzándose á él.*)

ENRIQUE. ¡Dios! (*Sorprendido al reconocerla.*)

FERNANDO. ¡La Providencia! (*Señalando á Enrique y la*  
Baronesa que se han abrazado.)

(Breve pausa; Madre é hijo lloran de gozo y Fernando les con-  
templa satisfecho.)

## ESCENA VI.

BARONESA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

BARONESA. Enrique del alma, dí,  
dime; ¿que te ha sucedido?

ENRIQUE. Y á vos madre, ¿como ha sido  
el encontraros yo aquí?

BARONESA. Que D. Fernando á los dos  
hoy nos salva. Perdonad (*A Fernando.*)  
que con la felicidad  
me he olvidado de vos.

FERNANDO. Si de olvido tanpreciado  
fuí yo la causa, señora,  
bendita sea la hora

- en que me habeis olvidado.
- BARONESA. Enrique, voy á contarte lo mucho que yo le debo.
- FERNANDO. En tal asunto yo llevo, señora, la mejor parte.
- BARONESA. En este dichoso dia poneis fin á mi calvario.
- FERNANDO. Y de mi casa el santuario haceis vós de la alegría.
- BARONESA. Alma tan noble teneis, que cuando el bien prodigais, ni aun siquiera calculais cuanto vale lo que haceis.
- ENRIQUE. Sois muy bondadoso.
- FERNANDO. No:  
me complace el bien ageno.
- BARONESA. Si, hijo mio, si; es muy bueno: sin él fuera esclava yo.
- ENRIQUE. ¡Prisionera! ¿Pero donde?
- BARONESA. Los franceses.
- ENRIQUE. ¡Miserables!
- BARONESA. No son ellos los culpables; el culpable ha sido el Conde ¡Villano!
- ENRIQUE. Siempre fué igual.
- BARONESA. Que le guarde su destino de cruzarlo en mi camino.
- ENRIQUE. No; que es el genio del mal. Nos juró guerra y rencores, y con astucia ladina que eras soldado de Mina reveló á los invasores; y me prendieron; y cuando nos arrancaban de España, al cruzar esta montaña, me libertó D. Fernando; que ha trocado en mil venturas de mi prision los desvelos; ¡siempre Dios nos dá consuelos detrás de las amarguras!
- ENRIQUE. También mi sino fué aciago, y el fué mi angel tutelar.

BARONESA. ¿Como le hemos de pagar?....

FERNANDO. El bien en sí lleva el pago;  
que el poderos devolver  
la dicha en mi pobre casa  
es recompensa sin tasa  
á lo que yo pude hacer.

ENRIQUE. Un hermano para mí  
sereis:

FERNANDO. En ello confio.

BARONESA. Cuéntanos ahora, hijo mio  
lo que te ha ocurrido á tí.

ENRIQUE. Si tal; que en estos momentos,  
en que todo me sonrie,  
es justo que os confie  
mis dichas y sufrimientos.

(Breve pausa; todos se adelantan quedando Enrique entre la Baronesa y Fernando.)

ENRIQUE. De casa un dia marché  
del pátrio entusiasmo en alas;  
ódio al invasor juré,  
y con Mina me alisté.  
sin miedo alguno á las balas.

Supo el audaz guerrillero,  
siempre cruzando pendientes,  
siempre en calcular certero,  
y á luchar siempre el primero,  
transformarnos en valientes.

Las dotes, que en él lucian,  
tal valor nos inspiraban,  
que los franceses sabian  
las derrotas que sufrían  
por las veces que luchaban.

Era una tarde glacial  
de encapotado celaje:  
y era el sitio un carrascal  
que daba tosco sayal  
al solitario paisaje.

Hay colinas muy pendientes,  
y entre ellas barrancos hondos;  
y mucha agua en las vertientes,  
que en torbellino, á torrentes  
va á perderse allá en los fondos.

Cerro en formas colosales  
por delante, y á sus piés  
un rio entre peñascales,  
y encima de sus caudales  
puente tendido al través.

De enemigos está hirviendo  
de alto á bajo la colina;  
otros el puente ciñendo,  
y á mi lado sonriendo  
contempla el alarde Mina.

Suena un tiro, y en momentos  
cien mil mas y gritería,  
clarines, voces, lamentos,  
relinchos, ayes, y acentos  
forman guerrera armonía;

Truena el cañon, que potente  
zumba ronco en el collado,  
y, á su rugir, nuestra gente  
ébria llega, pasa el puente  
y embiste del otro lado:

Y el plomo mil vidas tala  
de aquel monte en los estribos,  
mas ¿que importan fuego y bala?  
¡los muertos sirven de escala  
para que suban los vivos!

Y entre el francés, que se espanta  
y se confunde y aterra,  
Mina empuja y adelanta  
hasta que pone su planta  
en la cima de la sierra.

La noche allí nos sorprende  
mezclado uno y otro bando;  
la espada los aires hiende,  
y mas la saña se enciende  
cuerpo á cuerpo batallando.

Cruza un trofeo francés;  
salto, lucho, y venzo yo:  
cae el soldado á mis piés,  
silba una bala, y después....  
yo no sé lo que pasó.

BARONESA.  
FERNANDO.

¡Cielo santo!

¡Acaso herido!

ENRIQUE.

El plomo llegó enfriado:  
caí á tierra sin sentido,  
y al despertar aterido  
la noche habia cerrado.

El cielo estaba sereno:  
hermosa luna plateada  
de nácar pinta el terreno:  
y el silencio de aquel seno  
solo turba la cascada.

Vacilante me levanto,  
y al fulgor pálido veo  
en derredor con espanto  
muchos muertos, y entre tanto  
á mis piés el del trofeo,

Huir en pasos inciertos  
quiso mi fogoso brio,  
mas al huir, otros muertos  
y miembros y rostros yertos  
enloquecen mi albedrío,

Y á la luz, que temerosa  
pinta sombras y misterio,  
trueca mi mente ardorosa  
cada tronco en una fosa,  
la montaña en cementerio.

Y con la sangre, que brota  
de ml herida lentamente  
y el vértigo que me acota,  
al fin mi mente se embota  
y caigo al suelo inconsciente.

BARONESA.

¡Hijo!

ENRIQUE.

¡Despues de tal duelo  
la prision y soledad!  
¡Cuántas horas sin consuelo!  
hasta hoy, que me vuelve el cielo  
mi madre y mi libertad.

BARONESA.

¿Y estás bien!

ENRIQUE.

Restablecido.

BARONESA.

¿Y la herida?

ENRIQUE.

Ya cerrada.

BARONESA.

¿Y el vértigo?

ENRIQUE.

No fué nada,  
efecto de haber perdido

mucha sangre.  
FERNANDO. Desconciertos  
pasajeros, fugitivos.  
ENRIQUE. De quien no teme á los vivos (Con altivez.)  
pero respeta á los muertos.  
FERNANDO. Ahora á descansar. (A Enrique.)  
ENRIQUE. Me place.  
BARONESA. Si hijo mio.  
ENRIQUE. Y tambien vos. (A la Baronesa.)  
BARONESA. Yo no; á bendecir á Dios  
por lo feliz que me hace.  
(Vase la Baronesa por la izquierda y Enrique y Fernando por la derecha.)

## ESCENA VII.

PEDRO.— FERNANDO.

(Pedro entra por el fondo con las llaves de la casa )

PEDRO. Creí que nunca llegaba:  
¡Jesús! vengo sin aliento:  
si lo he dicho yo mil veces,  
¿que ha de suceder? ¡Ay Pedro!  
tu entiendes poco de letras,  
pero lo que es aquí dentro (Señalando la frente.)  
tu lo ves todo muy claro,  
y el primer dia tenemos (Fernando se asoma por la  
puerta derecha.)  
la de Dios es....  
FERNANDO. ¿Que te ocurre?  
PEDRO. ¡Ay Señor, Señor!  
FERNANDO. ¿Que es eso?  
PEDRO. Por los clavos de Jesús!  
FERNANDO. ¿Qué?  
PEDRO. ¡Señor!  
FERNANDO. ¿Ya tienes miedo?  
PEDRO. Yo no lo sé señor amo;  
pero sí sé que no tengo  
piernas ya para correr,  
desde ese fatal encuentro  
que he tenido hace muy poco.

FERNANDO. ¿Donde?

PEDRO.

Va V. á saberlo:  
Cuando salieron de aquí  
de dejar al que trajeron  
D. Tomás y Andrés, bajé  
á cerrar la puerta; pero  
como hay moros en la costa,  
es decir, soldados nuestros  
ya muy cerca, segun dicen,  
salí por los vericuetos  
hácia Vitoria, por ver  
si sabia yo algo de eso  
que dicen que va á ocurrir,  
para en caso de ser cierto  
estar al cuidado aquí;  
y en la arboleda al efecto  
me escondí; mas ¡cátate!  
que cuando menos lo pienso  
veo cuatro francesotes,  
con unos gorros de pelo  
gordos, muy altos, muy altos  
y que venian corriendo  
hácia mí, y los cuatro armados,  
¡Santo Cristo de La Seo!  
echo á correr y ellos gritan;  
corro más y corren ellos;  
y venía medio loco  
dando porrazos y vuelcos,  
cuando al llegar á la zanja,  
que está al lado de ese huerto,  
me tropiezo y ¡pun! abajo,  
y los gabachos muy perros  
detrás gritando ¡Musiu!  
¡Ay! cuando he pasado el cerco (Respirando.)  
de la casa. ¡Virgen Santa!

FERNANDO.

¡Babieca!

PEDRO.

¡Si!

FERNANDO.

¡Calla necio!

si te hubiesen perseguido  
¿no te hubieran hecho fuego?

PEDRO.

¡Señor!

FERNANDO.

¡No sirves de nada!

PEDRO. ¡Pero Señor!  
FERNANDO. ¡A tu puesto!  
(Vanse por el fondo Fernando y Pedro.)

## ESCENA VIII.

BARONESA.

(Saliendo por la izquierda.)

BARONESA. La Providencia bendigo  
que á mi lado le envió:  
¿que puedo ambicionar yo  
mas que tenerle conmigo?  
Le veré, que quiero hacerle  
saber cuanto yo he llorado:  
¡tantas horas han pasado  
sin haber podido verle!  
Breve ha de ser la visita,  
que con molestarle lucho:  
ha sufrido el pobre mucho  
y descansar necesita. (Vase derecha.)

## ESCENA IX.

TOMÁS.—ANDRÉS.—MATEO, despues FERNANDO.

(Saliendo por el fondo.)

TOMÁS. Pasad; pasad sin cuidado:  
ya no hay temor de que puedan  
vernos.

MATEO. ¿Y habeis libertado  
á muchos?

TOMÁS. Unos ochenta  
como á vos exactamente.

MATEO. Es buen medio.

TOMÁS. Buena idea,  
un poco peligrosilla;  
pero ¡bah!

MATEO. ¿Y aquí se encuentra  
la señora que deciais?

TOMÁS. Sí, señor, sí; y es muy buena.



y si el asunto valiese  
mas, tiene la Providencia  
muy buena memoria....

MATEO.

(¡Es cierto!) (Con terror.)

FERNANDO

Y halla siempre recompensa  
el que cumple sus deberes.

MATEO.

Sois creyente.

FERNANDO.

Hasta la fecha  
aprendí que tal sucede;  
mas dejaos de esto, y mientras  
estoy por ahí á la mira,  
descansad un poco ¡buena  
falta tendreis de ello! Soy  
pronto con vos. (Vase por el fondo.)

MATEO.

¡Bien empieza!

## ESCENA X.

MATEO.

MATEO.

No hay medio; llegó la hora  
de saldar mi cuenta aciaga,  
para que yo satisfaga  
esta sed que me devora.  
Ella prisionera mia,  
sus destinos hoy yo rijo:  
haré que traiga á su hijo  
y ¡ay de su hijo en aquel dia!  
Un siglo hace, que fatal  
vengativo é inclemente  
entre su gente y mi gente  
se agita el génio del mal.  
Ayer, por añeja historia,  
su padre mató á mi padre;  
hoy, á Dios ó al diablo cuadre,  
he de veigar su memoria.  
El propio ambiente aspirando,  
en propio suelo viviendo,  
propios fines persiguiendo,  
propios triunfos alcanzando,  
no puede ser; á mi amaño

es forzoso que sucumba,  
y halle sepulcro en su tumba  
esta discordia de antaño.

(Sale por la izquierda la Baronesa y pasa por detrás de Mateo.)

## ESCENA XI.

BARONESA.-MATEO despues ENRIQUE y FERNANDO

BARONESA (¡Hijo mio! ¡que sorpresa!) (Aparte.)  
Otro prisionero aquí (A estas palabras se vuelve Mateo.)  
¡Santo cielo! ¡El Conde!

MATEO. Si:

El Conde y la Baronesa.  
El conde si, que aun alienta  
y nunca os pierde de vista  
provocando esta entrevista,  
para saldar una cuenta;  
cuenta, cuya historia esquivo,  
y brecha en mi pecho ha abierto;  
cuenta, en que se cruza un muerto  
y que ha de saldar un vivo.

BARONESA. Sois digno de vuestra fama:  
si vos fuerais caballero,  
nunca esé tono altanero  
usarais con una dama.  
En vano vuestra maldad  
nada pretender intente:  
hay, mientras mi pecho aliente,  
entre ambos la inmensidad.

MATEO. Calmaos, y no olvidéis  
que es difícil la salida:  
soy dueño de vuestra vida.

BARONESA. ¿Que decís?

MATEO. No lo dudeis.

Yo nada quiero de vos,  
pero sí de vos exijo  
que venga aquí vuestro hijo  
y saldaremos los dos.  
Vos, que sabeis donde está,  
recordad lo que os digo:

ó el aquí se vé conmigo  
ó jamás le vereis ya.  
BARONESA. Con farsa muy mal tramada  
vos pretendéis explotar  
la timidez peculiar  
de toda mujer honrada.  
Y ofuscado en la vileza  
olvidais, que una mujer,  
cuando se cruza el deber,  
pisotea su flaqueza:  
y si es madre, contra aquel,  
que pretende á su hijo herir,  
leona sabe combatir  
y mártir morir por él.

MATEO.

¡Vuestro hijo aquí!

BARONESA.

¡Nunca! ¡No!

MATEO.

Ved que jugáis vuestra suerte.  
Seguidme.

BARONESA.

No ¡antes la muerte!

MATEO.

¿Quién lo impedirá?

ENRIQUE.

¡Yo! (Saliendo por la derecha con  
espada ceñida.)

FERNANDO.

¡Yo! (Saliendo por el fondo.)

## ESCENA XII.

MATEO.—BARONESA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

MATEO.

(¡Enrique!)

BARONESA.

¡Dios poderoso!

ENRIQUE.

¡Miserable! ¡Brava hazaña!

Ya veo que tiene España  
enemigo valeroso.

Hijo, que en perfidia ciega  
á su madre pátria vende  
contra ella la lucha enciende  
y al enemigo se entrega;  
noble, que se hunde en los cienos  
y á una dama en forma innoble  
falta, ni es hijo, ni es noble,  
ni aragonés mucho menos.

MATEO.

Con demasiada jactancia

el soldado se presenta;  
cuidad que no se arrepienta  
de su ligera arrogancia.  
Donde menos uno advierte  
hay un abismo á sus piés;  
cuidado con un traspíes,  
que es cuestion de vida ó muerte.

ENRIQUE. ¿Quereis con tal amenaza  
que enmudezca? ¡pobre loco!  
si proseguís os coloco  
en la boca una mordaza.

MATEO. ¡Basta!

ENRIQUE. No.

BARONESA. ¡Hijo! (Interponiéndose entre ambos.)

MATEO. Vais á ver (Sacando una espada oculta  
bajo la capa.)  
que tambien me sé batir.

ENRIQUE. Pero no sabeis morir,  
que es lo que debeis saber.

FERNANDO. ¡Atras!; que si un paso dais, (Sacando una pistola y  
apuntando á Mateo.)  
no dareis mas ¡vive Dios!

MATEO. ¿Quien os dá derecho á vos?

FERNANDO. La perfidia con que obrais:  
pensé que esclavo y hambriento  
sufriais; vuestra prision  
rompí, y en esta mansion  
os di seguro aposento:  
y vos pagais la hidalgía  
de mi modesta morada  
sacando en ella la espada,  
y siendo en ella el espía.

MATEO. Si á vuestra casa he venido  
y en ella turbé la calma  
fué porque siento en el alma  
el eco de un alarido,  
que á todas horas me grita,  
y en todas partes me alcanza,  
exclamando ¡hijo, venganza!  
¡tu padre la solicita!

ENRIQUE. Vengar ¿que?

MATEO. En lance siniestro  
vuestro padre mató al mio.

ENRIQUE. Sí; pero fué en desafío

FERNANDO. provocado por el vuestro, (Fernando se acerca á la ventana y dá un silbido.)  
Vais á ver que si propicio  
fui en vuestro auxilio engañado,  
al burlar á un hombre honrado  
tiene quiebras el oficio: (Se asoman fondo dos hom-  
bres armados.)  
que á tronchar los medios viles  
de rastrero fingimiento,  
prevenido á todo evento,  
siempre tengo dos fusiles (Señalando á dos hombres  
armados.)  
Apresadle (A los armados por Mateo.)

MATEO. ¿Como? ¿Ahora?

FERNANDO. ¡Presto! en la antigua estancia  
queda á vuestra vigilancia. (Vanse los armados por  
la derecha con Mateo.)  
Tranquilizaos, Señora. (A la Baronesa.)

## ESCENA XIII.

ENRIQUE.—FERNANDO.—BARONESA.

ENRIQUE. Cúmpleme, como deudor  
de libertad y hospedaje,  
la causa de tanto ultraje  
contaros, y vos, Señor,  
vereis, por lo que pasó  
de mi padre el proceder,  
porque yo tengo el deber  
de que sepais quien soy yo. (Breve pausa.)  
Era el periodo reñido  
en que con cruel encono  
Felipe V engreido  
y el archiduque ofendido  
se disputaban el trono.  
De uno y otro los secuaces  
júranse ódio de tal suerte,  
que se buscaban audaces,  
y acá y allá contumaces  
sembraban espanto y muerte.  
En un pueblo de Aragon,  
que muchas glorias entraña,  
vivía un noble Baron,

y enfrente de su mansion  
un Conde de tierra estraña.

Dando á sus impulsos rienda,  
hace su origen distinto,  
que el Baron en la contienda  
al archiduque defienda  
y el Conde á Felipe V.

Segun la lucha crecía  
entre el Rey y su adversario,  
mas y mas se percibía  
el ódio, que sordo hervía  
entre el Conde y su contrario.

Un dia al amanecer  
de caza el Baron salió,  
y nadie llegó á saber  
lo que pudo acontecer,  
pero el Baron no volvió.

Y aquel dia de quebranto  
les dejó, cuando se fué,  
en el pueblo duda, espanto  
en casa del Baron llanto,  
y en la del Conde.... ¡no sé!

Mas pasó un mes y otro mes  
y el caso se dió al olvido;  
y solo mucho después  
contó al pueblo un montañés  
el siguiente sucedido.

Pintado por el tomillo  
del Pirineo en la hondura  
serpea un valle sencillo;  
y hay en el valle un castillo  
de fantástica figura.

Sus murallas toscas, viejas,  
su denegrido matiz,  
ventanas con fuertes rejas,  
y cipreses á parejas  
le dan tétrico cariz.

En su triste torreón  
se oculta cárcel insana;  
y en el viejo paredón,  
que limita la prision,  
hay abierta una ventana.

Era una noche de adviento:  
la luz de la luna entraba  
en el lúgubre aposento,  
y en el rudo pavimento  
la tosca reja pintaba.

De la prision en un lado  
un banco de dura peña;  
y en el banco reclinado,  
y por las sombras velado,  
un viejo, que duerme ó sueña.

En el resto desnudez,  
paredes, débil reflejo,  
soledad, quietud, mudez,  
que solo de vez en vez  
turba el suspiro del viejo.

El tiempo se va pasando;  
no se oye el mas leve ruido;  
la cárcel sigue callando,  
la luna sigue alumbrando,  
y el viejo sigue dormido.

Suena un golpe de repente;  
tiembla el viejo, duda, mira  
á donde el ruido se siente,  
y con chillido estridente  
la pesada puerta gira.

Entrau dos de torba faz  
en la desnuda mansion  
con cautelosa ansiedad;  
miran, y en la oscuridad  
ven al viejo en un rincon.

Clavan sus ojos en él;  
el viejo inmóvil espera;  
un alarido cruel  
se oye, y sobre el viejo aquel  
se lanzan como una fiera:

Y allá los tres confundidos  
entre el corage y la saña,  
se agitan entre alaridos  
y jayes! y tristes gemidos  
que espiran en la montaña.

Ellos con él forcejando,  
y el anciano resistiendo,

luchan, hasta que flaqueando  
el viejo, los tres rodando  
dan en el suelo rugiendo:

Y del grupo, al que fatal,  
alumbra el vago claror,  
se alza siniestro un puñal,  
arranca un grito mortal,  
suena un golpe aterrador....

Y ya esfuerzos no se oyeron,  
el grupo quedóse yerto,  
y los dos hombres huyeron,  
y los rayos de luz fueron,  
á dar al rostro de un muerto.

Mas tarde, quietud glacial;  
la luna, que se ha ocultado;  
un muerto; sangre á raudal,  
y silencio sepulcral,  
como sello á lo pasado.

En esta tragedia es donde  
nació el fatal desafío;  
qué, aunque el tiempo el drama esconde,  
el castillo era del Conde,  
y el muerto ascendiente mio.

FERNANDO. ¿Y vuestro padre quería  
vengar la ofensa en un reto?

ENRIQUE. No: fué el suyo que sabia  
que solo el mio tenia  
la clave de tal secreto.

Y por borrar tal memoria  
de su estirpe, provocó  
con asechanza notoria,  
ese duelo, cuya historia  
ya sabeis como pasó.

## ESCENA XIV.

PEDRO.—BARONESA.—FERNANDO.—ENRIQUE.

PEDRO. Señor, por Dios acudid: (Saliendo por el fondo muy  
agitado.)  
somos perdidos: rodean  
la casa muchos soldados

- de las legiones francesas.  
BARONESA. ¡Dios mio!  
FERNANDO. Perded cuidado. (A la Baronesa.)  
Pedro, no seas babieca,  
y....  
PEDRO. No señor, no: venid  
y los vereis ahí muy cerca. (Mirando por la ventana.)  
FERNANDO. (¡Vive Dios que contratiempo!)  
BARONESA. Si, sí: están....  
FERNANDO. Son contingencias....  
BARONESA. ¡Virgen del Pilar!  
FERNANDO. Señora,  
no hay que asustarse; esa fuerza  
no se acuerda de nosotros;  
nada temais.  
PEDRO. Así sea,  
pero yo aseguro á ustedes  
que hace tiempo nos acechan.  
ENRIQUE. Eso importa poco; somos  
dueños del fuerte; que vengan:  
veremos á ver quien sube.  
FERNANDO. Así me gusta.  
PEDRO. Hora y media  
hace que andaban rondando  
mas allá, por las afueras:  
yo no las tenia todas  
connigo, y en mi sospecha  
les he estado acechando  
oculto allá en la arboleda;  
y hablaban mirando aquí,  
y mostraban impaciencia,  
y luego se aproximaron,  
y eché á correr, y la puerta  
cerré; mas no es esto todo.  
FERNANDO. Concluye.  
PEDRO. Desde la senda,  
se oye fuego de cañon;  
y mucho.  
FERNANDO. ¡Diós nos proteja!  
eso es que nuestros soldados  
se echan encima; á esta fecha  
quizás el combate.... ¡Pedro!

á tu puesto; y hoy no entra  
en casa ya nadie mas  
que Tomás y los que vengan  
con él... ¡vete! Y vos, señora, (A la Ba-  
ronesa.)  
descansad; que hoy es completa  
la victoria; no dudeis  
del éxito.

ENRIQUE. (A la Baronesa.) Nada temas  
que ya estamos reunidos. (Abrazándola.)

BARONESA. Tienes razon; que suceda  
lo que quiera, yo á tu lado  
soy feliz.

FERNANDO. De la refriega  
quizás heridos nos traigan:  
hay que estar pues ojo alerta. (Dirigiéndose á la  
puerta fondo.)

## ESCENA XV.

MATEO.—BARONESA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

MATEO. En nombre del Rey José, (Saliendo con los armados)  
todos presos. (por la derecha.)

BARONESA. ¡Dios bendito!

ENRIQUE. ¡Villano!

FERNANDO. ¡Infame!

BARONESA. ¿Por qué?

MATEO. Bajad la voz un poquito. (Con sarcasmo.)

ENRIQUE. ¡Vive Dios! que no soporto  
provocaciones cobardes.

MATEO. He de ataros yo mas corto  
y no hareis tales alardes.

ENRIQUE. ¿Un traidor á mí? Si dais....

MATEO. Mirad mucho lo que haceis,  
que por lo visto ignorais  
el peligro que correis.  
Contra mis amaños viles  
vos viviais prevenidos,  
teniendo un par de fusiles  
tras esa puerta escondidos: (Señalando la puerta del  
fondo.)  
mas como la suerte pasa,  
contra vuestras precauciones

á la puerta de esta casa  
tengo yo treinta dragones.  
FERNANDO. (¡Traicion!)  
BARONESA. ¡Que perversidad!  
MATEO. Con un lance tan funesto  
no contabais ¿no es verdad?  
FERNANDO. Ni vos contabais con esto. (Cierra la puerta fondo y  
coloca allí á los armados.)  
MATEO. ¡Vano ardid! ¿Cerrais la puerta  
por cortarme la salida?  
¿siempre la tienen abierta  
las gentes de mi partida!  
Á una señal mia están  
en aquesta habitacion.  
FERNANDO. ¡No importa! si tiempo dan  
de abriros el corazon.  
Esa señal de traidor  
para vos la muerte augura:  
dadla, si teneis valor  
de abriros la sepultura.  
BARONESA. ¡Hijo! (Llora.)  
ENRIQUE. ¡Madre! ¡No lloréis!  
FERNANDO. Esta casa es previsoras,  
y mientras en ella esteis  
estais segura, señora.  
(Se oyen fuertes golpes: la Baronesa se agarra á Enrique y le lle-  
va á la derecha; Fernando con la llave en la mano derecha y la  
pistola en la izquierda vá al fondo. Mateo permanece inmóvil.)

## ESCENA XVI.

BARONESA.—FERNANDO.—MATEO.—ENRIQUE,  
luego PEDRO.—TOMÁS.

BARONESA. ¡Dios mio!  
FERNANDO. ¡Ellos son!  
MATEO. ¡No son!  
FERNANDO. Doblegad esa rodilla:  
que quien al morir se humilla  
tal vez alcanza perdon.  
BARONESA. Pensad, D. Fernando....  
FERNANDO. Pienso

que ese vil os delató.

Preparaos. (A Mateo apuntándole con la pistola.)

ENRIQUE. Eso no (Interponiéndose entre ambos.)

que el traidor está indefenso.

Revocad vuestra sentencia:

castíguele su amargura;

que Dios ya le dá tortura

solo con darle conciencia.

FERNANDO. Noble sois é indigno él  
de esa nobleza;

ENRIQUE. No tal:

el alma del criminal

nunca gusta mas que hiel.

FERNANDO. Es verdad; teneis razon: (A la Baronesa y Enrique.)

Tomad, señora, esta llave,

que voy á daros la clave

para vuestra salvacion.

Por esa puerta bajad (Señalando á la derecha, primer término.)

hasta el mismo piso llano;

hallareis otra á la mano;

la abrireis y continuad:

seguid un pasillo estrecho,

subterráneo y alumbrado;

y al final habrá un criado,

que hasta la ciudad derecho,

os conducirá.

ENRIQUE. ¡Imposible!

si vos nos habeis salvado,

en este trance apurado

dejaros fuera punible.

FERNANDO. Riesgo el estar aquí fuera:

ENRIQUE. Tambien para vos lo es:

lo correremos los tres

y Dios haga lo que quiera. (Se oyen fuertes golpes en el fondo.)

BARONESA. ¡Ahí están! ¡Llaman!

ENRIQUE. ¡Extraña

peripecia!

TOMÁS. (Desde dentro.) ¡Abrid, abrid!

FERNANDO. ¡Tomás! ¿Que sucede? (Abriendo la puerta del fondo.)

TOMÁS. Oid: (Entrando con Pedro por el fondo.)

Albricias, y ¡viva España!

PEDRO. Señor, aquellos dragones

huyen echando venablos,  
dados á todos los diablos  
á buscar sus escuadrones.  
¡Maldicion!

MATEO.

BARONESA.

FERNANDO.

TOMÁS.

¡Dios de bondad!

¿Que hay?

¡Que el yugo se deshace;  
y hoy para la pátria nace  
el sol de la libertad!  
Del intruso el campamento.  
ébrio en su pasada gloria,  
á las puertas de Vitoria  
tomaba rigor y aliento;  
y cañones y corceles  
revistando, en sus amaños  
soñaba nuevos engaños  
por ceñir nuevos laureles;  
cuando llegó de repente,  
y como tigre á su presa,  
sobre la legion francesa  
se abalanzó nuestra gente.  
El choque ha sido horroroso;  
la resistencia tenaz,  
y anhelante la ansiedad,  
por el éxito dudoso:  
que viendo el francés caudillo  
inexpugnable trinchera  
del Zadorra en la ribera,  
sus puentes trocó en castillo;  
y en ellos, por fondo y cima,  
en soberbio espumarajo,  
van rios de agua debajo,  
y rios de sangre encima.  
Mas ¿que importa? nuestra gente  
arremete con tal brio,  
parte traspasando el rio,  
parte traspasando el puente,  
que al enemigo embistiendo,  
lo arrolla, hiere, maltrata,  
á unos coge, y á otros mata,  
y á los que huyen persiguiendo  
deshace sus pelotones,

y arroja en bélico anhelo,  
sus águilas por el suelo,  
por el rio sus pendones.  
Los franceses, que se extienden,  
en revuelta confusion,  
corren á la poblacion,  
por ver si allí se defienden;  
mas Wellington, que lo nota,  
llega al par que ellos adentro,  
saliéndoles al encuentro,  
por darles otra derrota;  
y allá otra vez destrozados,  
dejando armas, oro, y tiendas,  
ginetes á todas riendas,  
é infantes diseminados,  
huyen cual tímida grey,  
á cruzar el Pirineo,  
con el terror por trofeo,  
y la humillación por ley.

FERNANDO.

¿Y la prision?

TOMÁS.

Descansad:

rotos los grillos y yugos,  
y espantados los verdugos,  
todos tienen libertad.

FERNANDO.

¡Bravo Tomás! Dios bendice  
nuestro afan en demasía,  
y pues hoy la pátria mia  
rescata tanto infelice;  
y Dios, como galardón,  
á las puertas de Vitoria,  
á España dá una victoria,  
y á la Francia una leccion;  
En aras del pátrio anhelo  
llevemos al campo aquel,  
al vencedor un laurel,  
á los heridos consuelo.

ENRIQUE.

Decis bien: cuando hay hermanos  
nuestros, heridos allí  
vilmente por los tiranos,  
fuéramos harto inhumanos  
al permanecer aquí.  
Allí hay glorias que cantar,

vencedores que aplaudir,  
victorias que celebrar,  
heridos á quien curar,  
desnudos á quien vestir.  
Aun de la pólvora humea  
el enardecido ambiente;  
aun roja sangre gotea,  
y aun cual eco de pelea,  
el rudo fragor se siente.  
Corramos pues sin demora,  
al teatro de las lides;  
adonde el intruso llora,  
y se alza la bella aurora,  
de la pátria de los Cides.

BARONESA.

¡Bendita la Providencia!

ENRIQUE.

¡Honor á los vencedores!

PEDRO.

Y ¡que mueran los traidores! (Señalando á Mateo.)

BARONESA.

No; yo pido su indulgencia.

PEDRO.

Es muy malo.

FERNANDO.

Tu á callar:  
te tocará hablar mas tarde:  
aprende á no ser cobarde,  
y entonces podrás hablar.  
Y vos, aprended en esto (A Mateo.)  
que, aunque el hombre es quien propone,  
solo Dios es quien dispone,  
y contra vos ha dispuesto.  
Él, en Gólgota, al morir,  
nos enseñó á perdonar:  
hoy pues os debo salvar,  
si su ejemplo he de seguir.

MATEO.

¡Imposible!

FERNANDO.

No temais  
iré con vos.

MATEO.

¡Es quimera!

FERNANDO.

Os dejaré en la frontera  
y salvo en Francia quedais.

ENRIQUE.

Sois caballero cumplido.

FERNANDO.

Nunca que rie un cristiano  
debe de llorar su hermano,  
y menos si es el vencido.  
*Que el perdon de las traiciones*

*sea el fin de esta campaña;*  
*y que sepan las naciones,*  
*que en la lid SOMOS LEONES*  
*y al vencer HIJOS DE ESPAÑA.* (Todos se dirigen al  
fondo mientras cae el telon.)

(TELON.)









## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

**Cuadro cristalográfico.**—Lámina de cartulina, gran tamaño, con cincuenta y ocho figuras, en cuatro colores, para el estudio de los sistemas cristalinos; **8** reales ejemplar.

**Nociones de Historia Natural,** (1) expuestas en cuadros sinópticos; un tomo en 4.º de 181 cuadros, **30** reales id.

**Apuntes de Fisiología humana.** (2) Obra utilísima en la Segunda Enseñanza, y Escuelas de Practicantes, y para repaso en los Colegios de Medicina; un tomo en 4.º de 280 páginas y con variedad de grabados, **25** reales id.

**Apuntes de Fisiología ó Higiene,** expuestos en cuadros sinópticos; un tomo en 4.º de 33 cuadros, **10** reales id.

**¡A Belen!** (letra de).—Villancicos para canto y piano; edición de lujo. Composición fácil y adecuada para cantarla en colegios, reuniones familiares, etc.; **6** reales id.

**Ensayos poéticos.**—Colección de poesías morales; un tomito en 8.º de 112 páginas; **3** reales id.

**Cuadros infantiles.**—Colección de cuentos morales; un tomo en 8.º de 208 páginas, **4** reales en rústica y **5** encuadernado.

**Cantos del corazón.**—Colección de poesías morales; un tomito en 8.º de 126 páginas, **4** reales en rústica y **5** encuadernado.

---

Todas se hallan de venta en la librería de Cecilio Gasca, plaza de La Seo, 2, Zaragoza.

(1) Esta obra ha sido declarada útil para la enseñanza, y de mérito para ascenso en su carrera al autor, previo informe del Real Consejo de Instrucción pública, en Real orden de 24 de Febrero de 1884.

(2) Obra aprobada por el Real Consejo de Instrucción pública en 26 de Febrero de 1885.